

determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á Su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero, al nuestro, la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería, y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: ¡tanto es el amor que la tienen! y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo; entré en Francia; y, aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros; y al cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado; que, por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza cómo traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que, en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija, y Francisca Ricota mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es, no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana." Á lo que respondió Sancho:

"Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y, como debe de ser fino moro, fuése á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desman; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo, que las tienes muchas.—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso; que, á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi Rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí, de contado, cuatrocientos.—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.—He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho; y tal, que á buena fe, que no halle otra como ella á tres tirones.—Y ¿dónde está esa insula? preguntó Ricote.—¿Adónde? respondió Sancho: dos leguas de aquí, y se llama la Insula Barataria.—¡Calla, Sancho, dijo Ricote, que las insulas están allá dentro de la mar, que no hay insulas en la tierra firme!—¿Cómo no! replicó Sancho: dígame, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella, gobernando á mi placer como un sagitario; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.—Y ¿qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote.—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las insulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme, que todo lo que dices es disparate: que ¡quién te habia de dar á tí insulas que gobernases! ¿faltaban hombres en el mundo, mas hábiles para gobernadores, que tú eres? ¡Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido! que en verdad, que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con qué vivas, como te he dicho.—Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate, que por mí no serás descubierta, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.—No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime: ¿hallásete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?—Si hallé, respondió Sancho; y séte decir, que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando,

y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedía la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora Su Madre; y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y á fe, que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero, el miedo de ir contra el mandado del Rey, los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero, hasta ahora, no se ha sabido nada.—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero, fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que, á lo que yo creo, atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo.—Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.—Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino;” y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

## CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay mas qué ver.

**E**L haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo oscura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino, con intencion de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte, que, buscando lugar dónde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurisima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque, á poco mas de tres estados, dió fondo el rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios Nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos, por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio; que, á la verdad, no estaba muy bien parado. “¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¡Quién dijera que, el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á